

cartaginés sigue atrayendo, veintitrés siglos después de su muerte, el interés de la comunidad científica y del público en general. La mejor prueba de lo que acabamos de decir es la obra objeto de esta reseña, que constituye un nuevo jalón en el largo camino de los estudios sobre este personaje y su época. Resulta necesario resaltar este binomio, pues, a pesar del título, el objetivo de este volumen no queda circunscrito exclusivamente a la figura del vencedor de Cannas, ya que la trasciende al analizar diferentes aspectos del período histórico que le tocó vivir.

La obra ha sido estructurada en cuatro grandes bloques temáticos cuyo eje vertebrador es la figura de Aníbal. El primero de ellos lleva por título «El mundo de Aníbal» (pp. 25-156) y tiene por objeto de estudio el convulso y cambiante período por el que se movió el general cartaginés, tanto en el horizonte púnico como en el conjunto del mundo mediterráneo.

Como no podía ser de otra forma, este bloque se inicia con el análisis de las causas de la Segunda Guerra Púnica («La herencia de Amílcar Barca (290-229 a. C.) y de Asdrúbal (245-221 a. C.) a Aníbal (247/246-183 a. C.): La Segunda Guerra Púnica» [pp. 27-43]). En la más pura tradición clásica, José María Blázquez recopila los testimonios de los autores grecorromanos para mostrar que el conflicto que dirimió la hegemonía en el Mediterráneo occidental fue un proyecto iniciado por Amílcar, continuado por Asdrúbal y puesto en práctica por Aníbal. En ese mismo contexto histórico se sitúa la contribución de Arturo Rey da Silva («Mar y guerra en el Mediterráneo Antiguo: las marinas

REMEDIOS, Sergio; PRADOS, Fernando y BERMEJO, Jesús (eds.): *Aníbal de Cartago. Historia y Mito*. Madrid: Ediciones Polifemo, 2012, 537 pp. + mapas, tablas e imágenes. [ISBN: 978-84-96813-71-7].

Entre las figuras que emergen de las oscuras aguas de la Historia, la de Aníbal ocupa un lugar destacado en el imaginario colectivo. Integrante de un exclusivo y reducido club de personajes históricos, el estadista y militar

romana y cartaginesa durante el siglo III a. C.» [pp. 45-69]), centrada en el estudio de uno de los elementos más determinantes en el enfrentamiento romano-cartaginés. El trabajo presenta un estado de la cuestión sobre los conocimientos navieros de dicho período a partir, principalmente, de los testimonios literarios griegos y latinos y, en menor medida, de la iconografía y de las escasas pruebas arqueológicas.

A esas mismas dificultades —la ausencia de testimonios arqueológicos— se enfrenta Verónica García Coca en su estudio sobre la ciudad de Cartago durante el período anibálico («La ciudad en época de Aníbal: urbanismo y arquitectura en la Cartago helenística» [pp. 71-98]). Dichas limitaciones no impiden sin embargo a la autora llevar a cabo un examen de lo que pudieron ser algunos de los rasgos urbanísticos de la Cartago prebárquida y de la de época anibálica. Al igual que en otras facetas de la historia de Cartago, la influencia griega se dejó sentir en el urbanismo y arquitectura púnica, si bien, y a tenor de los datos disponibles, no es posible calibrar con seguridad el calado de dicha influencia.

A los aspectos ideológicos y religiosos están dedicados los dos últimos trabajos de este bloque. «La religión fenicia en la Península Ibérica durante la Segunda Guerra Púnica» [pp. 99-129] es el objeto de análisis de Raquel Rodríguez Muñoz, quien, partiendo del examen de los diferentes santuarios atestiguados en los territorios de la antigua Iberia y de algunas de las manifestaciones religiosas recogidas por los autores clásicos, analiza el impacto que la presencia bárquida tuvo en el ámbito de las creencias de los pueblos

autóctonos. Al mundo de ultratumba en época de Aníbal («La muerte y los ritos funerarios en tiempos de Aníbal» [pp. 131-156]) dedica su contribución Fernando Prados Martínez, que sirve de cierre de esta primera sección del libro. Tras presentar los principales rasgos de la ideología de la muerte y del mundo de ultratumba en el ámbito púnico y señalar las dificultades que ofrece su estudio (derivadas en su mayoría de la ausencia de fuentes), el autor se centra en algunas facetas muy concretas de este universo para mostrarnos su evolución y las influencias que ejerció la cultura griega en este campo de la civilización púnica.

El segundo bloque está dedicado a los dos rasgos por los que Aníbal ha pasado a la Historia: su papel como militar y estadista. Bajo el epígrafe de «*Strategós*» [pp. 157-293] se recopilan un total de siete contribuciones que repasan otros tantos aspectos relacionados con la faceta militar y política del personaje. El encargado de abrir esta segunda sección es Pedro Barceló, reputado especialista en la figura del general cartaginés, quien se centra en la influencia que ejerció Alejandro en la ideología militar del vencedor de Cannas («Aníbal y la helenización de la guerra en Occidente» [pp. 159-175]). El autor pone de manifiesto, mediante el análisis de distintos episodios de la actuación del hijo de Amílcar, la existencia de una serie de comportamientos y actitudes en el campo militar cuyos orígenes hay que buscarlos en el mundo helenístico.

También al ámbito militar pertenecen tres contribuciones de este bloque que vamos a tratar en este instante y de forma conjunta a pesar de que en el libro no presentan este mismo

orden. Sergio Remedios dedica su estudio a la campaña que Aníbal llevó a cabo contra los vacceos en los albores del *casus belli* de la Segunda Guerra Púnica («La campaña contra los vacceos» [pp. 203-225]) en un intento por dilucidar el verdadero motivo de dicha actuación. El análisis de las fuentes y de la historiografía sobre el tema permite al autor explicar dicha campaña desde la necesidad que tuvo Aníbal de afianzar su poder y construirse una imagen de gran general o caudillo en la más pura tradición helenística inaugurada por Alejandro.

Pascual Jiménez analiza un aspecto clásico en los estudios sobre el ejército púnico, como fue la presencia en sus filas de mercenarios hispanos («Mercenarios de la Península Ibérica en las tropas de Aníbal» [pp. 227-250]). Tras una breve síntesis sobre los momentos iniciales de dicha presencia a finales del siglo V a. C., el autor se centra en los cambios que supuso al respecto el período bárquida y analiza la existencia de dos tipos de reclutamiento de estos efectivos; uno que podríamos denominar tradicional, sustentado en la contratación, y otro modelo basado, más que en el alistamiento forzoso señalado por algunos autores, en la inclusión de prisioneros de guerra o rehenes de las comunidades sometidas por los púnicos.

Aunque de su título «Las cuentas de Aníbal» [pp. 277-293] no se desprende a priori ningún tipo de relación con el mundo bélico, hemos decidido incluir en este apartado la contribución de Juan José Ferrer Maestro, ya que está dedicada a las campañas que Aníbal desarrolló con anterioridad a la Segunda Guerra Púnica. Contrariamente a lo expuesto

por Sergio Remedios, Ferrer Maestro las vincula a la necesidad de metales que tenían los púnicos, lo que constituye una prueba más de las dificultades que presenta el estudio de dichas campañas. En estrecha relación con dichas necesidades, el autor lleva a cabo también un análisis comparativo de los recursos mineros, así como una estimación de los beneficios obtenidos por los cartagineses a partir de la mina de Baebelo y de las de Cartago Nova.

La faceta de Aníbal como estadista es analizada por Carlos G. Wagner, quien dedica su trabajo a un aspecto muy poco conocido de la vida del general cartaginés, como fue el desempeño del sufetato («El sufetato de Aníbal» [pp. 251-276]). El autor lleva a cabo una introducción con la que pretende delimitar las competencias y funciones de este puesto en la Cartago del siglo III a. C. y entender así mejor lo que supuso la labor de Aníbal como sufete, un cargo que le permitió poner en práctica una serie de medidas que lo sitúan en la más pura tradición oriental y lo alejan de los rasgos propios de los príncipes helenísticos.

El trabajo de Adolfo J. Domínguez Monedero («Los otros Barca: los familiares de Aníbal» [pp. 177-202]) se enmarca también en los aspectos ideológicos del general cartaginés, ya que realiza un análisis de la figura de Aníbal a partir de las fuentes literarias para demostrar hasta qué punto influyó en el tratamiento historiográfico dado por los autores de la época al resto de los miembros de su familia.

El tercer gran apartado que conforma esta obra y que tiene por título «Aníbal a través de la arqueología» [pp. 295-498] recoge los principales avances que se han producido en dicho

campo durante los últimos años en relación con la figura de Aníbal y su época.

Manuel Bendala Galán lleva a cabo un completo repaso de las novedades arqueológicas sobre los asentamientos bárquidas en los territorios peninsulares («La recuperación arqueológica de la acción de los Barca: logros y expectativas» [pp. 297-327]). Este autor, gran conocedor de la materia, nos dibuja un completo panorama y un estado de la cuestión que incluye los últimos hallazgos y las más recientes teorías e interpretaciones sobre algunos de los enclaves púnicos de la península, algunos de los cuales hasta hace muy poco tiempo ni siquiera presentaban ningún vínculo con el mundo púnico.

En esta misma línea, aunque con un mayor nivel de detalle, van los trabajos de José Luis López Castro & Víctor Manuel Hahn Müller y de J. P. Bellón *et alii*. Los primeros se centran en el caso de la antigua *Baria* («Baria en la Segunda Guerra romano-cartaginesa: su papel histórico a través de la documentación literaria y arqueológica» [pp. 329-344]), que es analizada desde sus orígenes fenicios en el siglo VII a. C. hasta su papel en la política de los Barca y en el enfrentamiento contra Roma, demostrando el peso que esta localidad tuvo en la estrategia cartaginesa y romana. Los segundos, integrantes del equipo del *Proyecto Baecula*, vuelven a poner de manifiesto los logros y las posibilidades que presentan las nuevas líneas metodológicas en arqueología con el ejemplo del caso concreto del campo de batalla de *Baecula*. Este estudio («Un escenario bélico de la Segunda Guerra Púnica: Baecula» [pp. 345-378]), que es

continuación de otros anteriores, hace hincapié en dos de las líneas de trabajo: la aplicación de un sistema SIG para la interpretación de los muestreos obtenidos y la identificación de una serie de materiales carentes de contexto. Todo ello permite llevar a cabo una propuesta de reconstrucción de la famosa batalla que abrió el valle del Guadalquivir a las tropas de Escipión y que supuso el principio del fin de la presencia cartaginesa en los territorios de Iberia.

La última contribución de este bloque, firmada por Fco. José García Fernández y titulada «Cartago a las puertas: Turdetania en los albores de la Segunda Guerra Púnica» [pp. 379-428], constituye un completo análisis de la presencia púnica y de la política de los Bárquidas en los territorios turdetanos, una presencia que debe situarse —en función de los datos arqueológicos más recientes— con anterioridad al desembarco de Amílcar en el 237 a. C. De la importancia de esta región para los intereses cartagineses y de la impronta que dejaron dan buena prueba la perduración de la presencia púnica en algunos enclaves y ciudades, así como la pervivencia de determinados hábitos de la vida cotidiana y la cultura material.

Al impacto de la figura de Aníbal en la posteridad está dedicado el cuarto y último bloque que cierra el libro, titulado «Aníbal, la leyenda» [pp. 429-531]. Y es precisamente al inicio de este impacto al que M^a Paz García-Bellido dedica su trabajo «Los retratos de la monarquía Bárquida en las monedas de Iberia» [pp. 431-455], en el que analiza la propaganda política de la familia de los Barca a través de la moneda. La autora desarrolla la

hipótesis planteada por A. Beltrán a mediados del siglo xx, según la cual los retratos de la moneda cartaginesa representarían en realidad a los miembros de la dinastía Bárquida en un claro proceso de construcción de una monarquía a imagen y semejanza de las helenísticas. Dicha transformación habría sido iniciada por Asdrúbal, aunque Aníbal se habría distanciado en una clara vuelta a los preceptos legales cartagineses. No obstante, y como señala la propia autora, esta teoría choca de pleno con la ausencia de leyendas monetales que permitan su corroboración.

También en la herencia de Aníbal en la Antigüedad se centra la aportación de David Álvarez Jiménez («Aníbal y la “cuarta guerra púnica”: el uso del recuerdo púnico en el contexto del conflicto vándalorromano» [pp. 457-491]), donde analiza la existencia de reminiscencias del enfrentamiento y la ancestral enemistad romano-cartaginesa en la ideología vándala. Partiendo de la tesis de E. Gautier, el autor examina el contexto histórico de la época para mostrar la coincidencia en el período de una serie de elementos que permitieron a Genserico y sus vándalos recuperar el antiguo enfrentamiento y aprovecharlo en beneficio propio de cara al afianzamiento de su poder y la legitimación de su dominio africano.

De la recepción e interpretación de la figura de Aníbal en la Europa entre la etapa final de la Edad Media y el romanticismo se encarga el trabajo de Helena Jiménez Vialás («Aníbal en la cultura Europea. De Dante a Flaubert (ss. xiv-xix)» [pp. 493-516]). Según esta autora, y a pesar de los distintos avatares por los que pasó la

figura del general cartaginés durante este largo período, se observa mayoritariamente un trato desfavorable en las manifestaciones literarias y artísticas. La razón de esta situación hay que buscarla en la clara identificación que monarcas y militares europeos establecieron entre sus reinos y la antigua Roma, a la que consideraban el precedente de sus estados y la base de la cultura cristiana europea. Desde este punto de vista, y salvo escasas excepciones, Aníbal representó, como principal enemigo de Roma, la antítesis de las virtudes romanas y por ende de la Europa de ese período, teniendo que esperar al romanticismo para que dicha construcción se modificase.

El libro se cierra con la imagen de esta figura en el país que lo vio nacer. Sami Ben Tahar analiza el papel de Aníbal en el imaginario colectivo de las actuales Túnez y Argelia desde el período medieval hasta la actualidad («Quelques témoignages sur la survivance de la mémoire d'Hannibal au pays de Carthage» [pp. 517-531]). La lectura de este trabajo (a pesar de no ser un estudio exhaustivo del conjunto de testimonios) muestra a las claras la escasa impronta que este personaje ha dejado en la memoria de Túnez y de gran parte del norte de África, una circunstancia que el autor achaca principalmente a la falta de interés por parte de la historiografía de esas latitudes por los períodos preislámicos. El repaso a la documentación no deja lugar a la duda sobre la ausencia de interés en estos territorios por su hijo más famoso, reducido, en el mejor de los casos, a la utilización que de él y de su padre hicieron algunos sectores nacionalistas en la primera mitad del siglo xx,

haciendo buena una vez más la frase de que «nadie es profeta en su tierra».

Todo lo expuesto hasta ahora indica que nos encontramos ante una obra de obligada consulta para todo aquel que quiera acercarse y conocer la figura de Aníbal y el tiempo que le tocó vivir. Aunque una parte del volumen responde a una obra de síntesis dedicada a ofrecer un estado de la cuestión del tema, algunos de los trabajos presentan nuevos enfoques y novedades. Es probable asimismo que la inclusión de determinados temas y la ausencia de otros no satisfaga a todos los lectores. Sin embargo, se trata de un riesgo y de un problema común a este tipo de obras. Pese a todo, la participación de algunos de los mejores especialistas en la materia del panorama historiográfico español constituye un aval del valor y de la calidad científica del volumen. Al esfuerzo que representa en estos tiempos coordinar un trabajo de estas características hay que sumarle el valor añadido que supone la reunión de un amplio elenco de participantes (un total de 28) marcados por su elevado carácter interdisciplinar y en los que se ha sabido conjugar la dilatada experiencia profesional de unos con los primeros pasos en la vida académica de otros.

No podemos pasar por alto ese esfuerzo de los editores, y si bien es cierto que no habría estado de más una revisión más profunda de algunas de las aportaciones, pues se constata la presencia de algunas faltas de ortografía y pequeños errores de composición, no lo es menos que este tipo de cuestiones no desmerecen el conjunto del trabajo que, como hemos señalado, se convertirá en una obra de consulta obligada.

Juan José Palao Vicente